

LA "CRÓNICA AMERICANA" DE GORE VIDAL Y LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Conrado García Alix

A lo largo de los últimos años Gore Vidal ha ido publicando varias novelas históricas con trama autónoma que tienen entre sí un escalonamiento cronológico bien ajustado y que, en conjunto, nos presentan una muy sugestiva visión de los Estados Unidos desde los comienzos de la Revolución hasta vísperas de la Segunda Guerra Mundial. El mismo autor ha integrado todas estas obras bajo el título general de "Crónica americana". Una a una, se trata de *Burr*¹ -Independencia y principios del siglo XIX-, *Lincoln*² -Guerra civil-, *1876*³ -reconstrucción y especulación financiera-, *Imperio*⁴ -comienzos del expansionismo territorial de USA en su nueva frontera marítima-, *Hollywood*⁵ -la época de la Prosperidad, los felices Veinte- y *Washington, D.C.*,⁶ centrado en los años treinta. Al parecer, la serie está ya cerrada, pues Gore Vidal ha preferido darle a la etapa de posguerra un tratamiento ensayístico por otra parte bastante extenso.

Precisamente en el último volumen de ensayos publicado,⁷ y que en general se refieren a problemas actuales de la sociedad americana, incluye tres artículos relacionados con la temática que aquí nos ocupa: en "El día que el imperio norteamericano se quedó sin gasolina" aprovecha la circunstancial situación de la economía de su país hacia 1985 para retomar y resumir planteamientos desarrollados antes en *Imperio*; pero en "Cómo hago lo que hago pero no por qué", y en "Respuesta de Gore Vidal", se hace eco de las opiniones de algunos historiadores sobre el modo de narrar e interpretar el pasado de la joven nación. En concreto, la polémica se centra sobre todo

¹ Grijalbo, Barcelona, 1975.

² Orbis, Barcelona, 1988, 3 volúmenes.

³ Grijalbo, Barcelona, 1977.

⁴ Edhasa, Barcelona, 1988.

⁵ Edhasa, Barcelona, 1990.

⁶ Edhasa, Barcelona, 1990.

⁷ Gore Vidal. *Ensayos 1982-88*, Edhasa, Barcelona, 1991. Un anticipo de los planteamientos aquí desarrollados se puede encontrar, si bien de un modo discontinuo, en el libro de Robert J. Stanton y Gore Vidal, editores, *Conversaciones con Gore Vidal*, Edhasa, Barcelona, 1983.

alrededor de la figura de Lincoln, quizá por ser la más emblemática de todas las que han protagonizado la historia de los Estados Unidos.

Lo que resulta más llamativo de esta lucha dialéctica entre un novelista y quienes escriben desde la ortodoxia metodológica es que los papeles están cambiados en relación con lo que sucedería de ser Europa el escenario descrito. En efecto, la novela histórica europea tradicional, especialmente Walter Scott y Dumas, sin llegar a ser una transcripción de la antigua epopeya, tiende a magnificar a ciertas figuras históricas de carácter positivo dentro de la historia nacional del país de que se trata (y a satanizar a otras), sirviendo a la necesidad de crear mitos integradores en beneficio de la cohesión de la comunidad; es, además, lo que el lector pide, en prosa, respondiendo a los mismos sentimientos que antaño se exigía del rapsoda que cantaba la cólera de Aquiles o del juglar que recreaba los hechos del Cid.

Por el contrario, en el caso de los Estados Unidos, la historiografía —llamada académica o burocrática por Gore Vidal— es la que se ha ocupado de la creación de esos mitos. Para Vidal, la causa sería la dependencia del futuro profesional de los historiadores, miembros de departamentos universitarios, respecto a una orientación que satisfaga los intereses de quienes detentan el mando del entramado educativo, tanto en el sector público (miembros de la clase política), como en el privado (magnates financieros proveedores de fondos). Por tanto, en ese sentido, habría razones muy poderosas para escribir una historia en función de justificar, mediante un adecuado tratamiento de fuentes documentales, la eficacia, bondad y honestas intenciones del Sistema. En consecuencia, Vidal sería un peligroso “dilettante” que ha puesto su pluma al servicio de la irresponsabilidad, el histrionismo y los intereses antiamericanos; así como su crítica de la sociedad coetánea resulta un revulsivo indigesto para sectores de opinión poderosos (por su denuncia del “lobby” judío y del complejo militar-industrial, y por otros originales planteamientos), su retrovisión histórica socavaría las ideas convencionales consensuadas entre la opinión pública y los especialistas, en este caso los historiadores. Gore Vidal, por otro lado, mantiene un escepticismo de principio acerca de la Verdad histórica y acusa a sus detractores de refutarle en nombre de ella desde sus archivos.

Antes de centrarnos en la polémica estricta acerca de Lincoln, conviene que hagamos una referencia en un marco cronológico más amplio que nos permita conocer con más exactitud las características de la obra de Vidal en este campo, cosa innecesaria respecto a sus oponentes, que actúan de oficio y cuyos puntos de vista son obvios para cualquier entendido.

No podemos, para comenzar, soslayar la propia personalidad del autor y su formación. Se trata de un miembro de la clase dirigente, de esa especie de aristocracia de dos o tres generaciones con conexiones políticas (su abuelo fue senador durante décadas, un pariente suyo es el actual vicepresi-

dente, él mismo intentó entrar en el Senado, es hermanastro de la esposa del presidente Kennedy), con una fortuna sólida (medio Washington se ha construido sobre terrenos de su familia), y con una educación europea que les hace tomar distancia respecto a su propia sociedad. A ese nivel, ni siquiera se requería el prestigio de pasar por una Universidad; a sus dieciocho años, la cultura adquirida en su entorno y por su propia iniciativa le permitieron ya la entrada en el mundo literario con facilidad. Todo ello nos recuerda más la trayectoria de un miembro de una familia senatorial romana que la preceptiva para un escritor-profesor de la época actual; recordar a Tito Livio sería lo más apropiado en este punto, si no fuera porque, interesados ambos por la historia de su país, aquél prefiere el papel de un Suetonio mientras que éste, Livio, convierte el pasado de Roma en una historia sacra; y aun así, no resulta paradójica la discrepancia, dado que en ambos casos es posible encontrar una razón de tipo patriótico, y, en su finalidad, positiva: si para Livio, la historia de Roma tenía que ajustarse a la necesidad de regenerar las virtudes cívicas, siguiendo el plan de Augusto, para Gore Vidal la desmitificación de la historia americana sirve para que sus ciudadanos recuperen los ideales que les llevaron a la independencia y sean conscientes del cinismo de sus gobernantes, cuyos objetivos, por el contrario, han sido los de toda clase dirigente de la historia: el imperialismo apoyado en los intereses económicos de una minoría.

Para Gore Vidal, es en el mismo momento de la Revolución cuando se inicia el dualismo entre ideales (creídos y defendidos por los ciudadanos) y cinismo (representado por sus líderes). Sin embargo, el tratamiento narrativo deja de lado casi por completo el primer aspecto y se ciñe a un minucioso análisis de la conducta de los personajes significativos: se trata de retratos en primer plano, con escaso paisaje, pintados al estilo hiperrealista. Así, son demoledoras las versiones que realiza de la personalidad de Washington (dentadura de madera, algodones en las encías, trasero generoso, incapacidad militar, suerte inmerecida, mentalidad de especulador de bienes raíces, etc....) o Jefferson (libidinoso procreador de mestizos, imperialista, transgresor de la Constitución que redactó en gran parte, sutil maniobrero político). Por el contrario, reivindica en parte a Benedict Arnold y se rinde ante el pícaro Burr, que en el fondo es una víctima de los antes citados y el único que cree de verdad en un país libre.

En *Lincoln* sigue utilizando a un supuesto hijo de Burr (el real sería Van Buren, efímero presidente) para contar los hechos desde la cercanía de la Casa Blanca, pero en realidad se apoya en diarios de personajes del entorno presidencial (como John Hay, uno de los secretarios). Los descendientes bastardos de Burr servirán en los siguientes volúmenes, hasta el último, para dar el contrapunto de ficción. Y aquí vuelve a indignar a los hagiógrafos: Lincoln es un político consumado, en el peor sentido de la palabra: a cada cual le dice lo que le gusta oír, la ambición supera a cualquier otra

qualidad, mente sin temor, vulnera la Constitución; deja a su mujer campo libre para su obsesión por el lujo y el derroche; la sífilis y el estreñimiento crónico alteran su vida cotidiana; es un ignorante en economía y un mal seleccionador de colaboradores, y, lo más grave, cree hasta el final de su vida que los negros, en el mejor de los casos, tendrían que volver a África por ser inasimilables. Un perfecto demagogo.

En 1876 Washington se convierte en el escenario de la más descarada corrupción, comenzando por la manipulación de las elecciones presidenciales. Todo vale para enriquecerse. El gobierno no interfiere, si es que existe más allá de la pura representación.

Imperio significa una vuelta al protagonismo de los políticos, en estrecho contacto con los ideólogos (Broock Adams, almirante Mahan) y con los magnates de la economía. Los partidos son máquinas electorales perfectas. Los presidentes dan tonos variados: MacKinley, sombrío y amargo, vive pendiente de tapar con una servilleta el rostro convulsionado de su mujer, víctima de ataques intermitentes (es quizá lo más esperpéntico de todo el relato, y, por lo mismo, sería una comidilla de dominio público entre las grandes familias de la capital); Theodore Roosevelt es un Napoleón de vía estrecha pero con más suerte. La única altura de miras y la calidad en el elemento humano las ponen John Hay, secretario de Estado ahora (antes particular de Lincoln) y Henri Adams, nieto y bisnieto de presidentes, así como su hermano antes citado. Emerge ya la figura, demasiado americana, de William Randolph Hearst como manipulador de la opinión pública a través de la prensa.

Hollywood otorga un cierto descanso a los protagonistas reales en beneficio de la saga familiar imaginada. Pero resulta casi cruel la descripción del presidente Warren Harding (jugador de pocker, bebedor, mujeriego, iletrado, cuya única virtud era la honradez, desgraciadamente desconocida para su mujer y sus amigos); el legendario laconismo de Coolidge (se decía que no pronunciaba tres palabras seguidas) es sustituido por la brillantez del único presidente con un pasado prometedor, Hoover, que se estrella ante la Depresión.

En el contexto de un mundo dominado por líderes carismáticos, cada uno con un tipo de etiqueta legitimadora (democracia proletaria, democracia plebiscitaria...), no resulta extraña la figura de F. D. Roosevelt, todopoderoso presidente ante el cual Vidal no puede evitar la constatación de sus cualidades tan superiores a las de sus predecesores y sucesores, salvo Nixon. En *Washington*, las intrigas del Senado y la percepción de que Estados Unidos estaban al borde de su realización como primera potencia mundial son las constantes que sirven de fondo a la trama.

No cabe duda, después de haber hecho este somero recorrido por el contenido de la serie, que la visión de la historia americana así expuesta repugna a la parte de la opinión pública que se muestra orgullosa de la tra-

yectoria de su país, a quienes quizá se han sacrificado por ello, y, por supuesto, a los historiadores, porque convierte su complejo campo de estudio en una especie de bufonada protagonizada por sus próceres más egregios. Por ello, en el momento en que tal visión de los hechos amenazó con generalizarse a raíz del éxito popular del volumen dedicado a Lincoln, con el apoyo además de algunos historiadores, con el peligro adicional de una serie de televisión y la constante presencia de Gore Vidal en los medios de comunicación, surgió la respuesta por parte de algunos historiadores profesionales, respuesta que sustituyó al anterior silencio distante, o, en todo caso, evasivo.

A través del artículo antes citado, el propio Vidal resume los ataques a él dirigidos, a través de la prensa. El primero en puntualizarle es Comar Vann Woodward,⁸ catedrático de la Universidad de Yale, que a pesar suyo admite el respaldo de numerosos historiadores a la visión novelística de Vidal. Pero quien más combativo se mostró fue Richard N. Current,⁹ biógrafo de Lincoln,¹⁰ para quien las fuentes utilizadas no son fiables, cuando no es pura invención la base del relato. Current cuestiona sobre todo el testimonio de Herndon, socio de Lincoln en su despacho de abogado durante sus inicios profesionales y políticos, y acusa a Gore Vidal de no conocer las principales obras dedicadas al personaje. El contraataque es contundente, pues el autor no sólo aduce pruebas de la veracidad del mencionado socio, sino que aporta como testigo y fundamento de alguna de sus afirmaciones al mismo Current, en especial respecto a la actitud con los negros; también aporta el aval de David Herbert Donald, profesor de Harvard, auténtico especialista en la materia. Resulta también interesante, a nivel metodológico, enterarnos de que Vidal tiene por costumbre, tras escribir obras de este carácter, contratar a investigadores profesionales para revisar "fechas, nombres", e incluso "hechos incuestionables".

Y aquí es donde se puede llegar al fondo de la cuestión, en lo referente a los "hechos incuestionables". Para Vidal no hay garantía absoluta de veracidad en las fuentes, del tipo que sean, y el paso del tiempo no les confiere mayor certeza (da como ejemplo el caso de la prensa, a la que se le atribuye poca credibilidad en el momento de dar la noticia, pero se convierte

⁸ La respuesta de Woodward fue en forma de recensión de la novela *Lincoln* en *The New York Review of Books*, lugar donde también se publica el artículo original de Vidal.

⁹ También polemiza en la misma publicación.

¹⁰ Richard N. Current, *The Lincoln Nobody Knows (El Lincoln que nadie conoce)*, Mac Graw Hill, Nueva York, 1958; no existe, que sepamos, traducción al castellano (citado por Vidal en su libro *Ensayos 1982-88*). En contraposición, Vidal señala como garantía de algunas de sus interpretaciones a otros varios autores (Paul Simon, *Lincoln's Preparation for Greatness: The Illinois legislative years*, Universidad de Oklahoma, 1965; Carl Sandburg, *Abraham Lincoln: The War years*, Harcourt & Brace, Nueva York, 1939; y Luis J. Weichmann, *The True History of the Assassination*, Vintaje, Nueva York, 1977).

en garantía de autenticidad cuando el historiador la utiliza para épocas anteriores. De hecho, parece que el discurso de Gettysburg tiene más de una versión). Los historiadores profesionales, dice, se otorgan patentes de garantía citándose unos a otros y creando así un consenso que no deja de ser convencional.

Si el objeto que persigue el historiador, sea cual sea el método que utilice, es acercarse a la realidad pasada para que sea comprendida por las generaciones posteriores, bien por pura curiosidad, bien para que la opinión pública disponga de una perspectiva mejor al enjuiciar el presente, parece que el esfuerzo de Gore Vidal, semejante al de nuestro Galdós, es meritorio y no excluye el contraste con las demás percepciones hechas con procedimientos más ortodoxos, y es posible que mueva a los nuevos historiadores a desprenderse de planteamientos apriorísticos más o menos sinceros. Puede ser por tanto, un buen revulsivo que a la larga beneficie a todos.

Por último, nos parece oportuno citar un fragmento de uno de los artículos citados,¹¹ por la claridad con que expone el hilo conductor de sus ideas, su visión del origen del imperialismo norteamericano:

Adams y Mahan ejercieron gran influjo sobre el historiador aficionado y político profesional Theodore Roosevelt, a quien utilizaron como instrumento político activo, no tanto durante su presidencia como durante la decisiva guerra contra España, que significó, y gran parte del mérito es suyo, la conquista de las Filipinas y el comienzo de nuestro imperio mundial.

...Desde el comienzo de nuestra República tuvimos anhelos imperiales. Nos hicimos cargo, y continuamos haciéndolo, de la población indígena. Mantuvimos la esclavitud algo más de la cuenta, incluso para los niveles de tolerancia de un mundo cínico... El caso contra el imperio se planteó ya en 1847... El teniente Ulysses S. Grant escribía en sus memorias: "La guerra (contra Méjico) fue el caso de una república que, siguiendo el mal ejemplo de las monarquías europeas, despreció la justicia en su afán por conquistar territorio adicional... La rebelión sureña fue en gran medida una consecuencia de la guerra contra Méjico. Las naciones –sigue hablando Grant– como los individuos son castigadas por sus transgresiones. Recibimos nuestro castigo en la más sanguinaria y onerosa guerra de los tiempos modernos".

¹¹ *Ensayos 1982-88*, pp. 141-142.